

## Los transeúntes\*

Lector, ¿no te sucede a veces cansarte de los demás y de ti mismo, fatigarte de tu trabajo, o aburrirte de tu ocio, parecerte estrecho recinto el hogar doméstico? Y entonces, ¿no te horroriza la idea de una visita, no te asusta un saludo, no te sientes sin hallar qué hacer, pareciéndote el tiempo de tan espantosa lentitud que compadeces a los que lamentan la brevedad de la vida? En medio de ese tedio la soledad lo acrece, la conversación lo aumenta y lo exaspera, la lectura es impotente, porque comenzamos por no entender lo que leemos, la música es ruido, las cortesías irritan, todo enfada, todo molesta, todo martiriza... Consista esto en lo que se quiera. pero esos momentos sombríos y tristes abundan más o menos en la vida, sin que los ahuyenten los trabajos del cuerpo ni las tareas intelectuales, pues a veces, como dice Petrarca, se cansan *la penna, la mano, l'intelleto*, la imaginación dormida, el deseo se embota, la esperanza se extingue, y sólo vive consumiéndolo todo esa enfermedad que se llama el hastío. No creo que haya género de filosofía que disipe ese mal, pero suele curarse con el movimiento, con vagar sin objeto, esperando que la movilidad del cuerpo ejerza alguna influencia en la mente y la libre de esas nubes negras y pesadas que la oprimen. El chino en París se curaba del amor subiendo y bajando sin cesar las torres de Nuestra Señora, y volando en el ferrocarril de Lyon: así lograba

---

\* Francisco Zarco, "Los transeúntes", *La Ilustración Mexicana*, t. IV (1853): 160-165.

cansar sus miembros para quedarse dormido... En las pasiones vivas, bueno será buscar el sueño, pero cuando lo que acontece es el fenómeno del adormecimiento de todas las facultades, entonces es menester procurar reanimarse, avivar, despertar de ese letargo que se llama tedio, hastío, mal humor...

En las ciudades populosas suele probar bien, para disipar esa pesadez del espíritu y del corazón, perderse entre la multitud, dejarse llevar por esas corrientes animadas de hombres y mujeres que se oprimen, se tropiezan, se miran, se observan y se olvidan en un instante... A mí me gusta perderme así entre la muchedumbre, correr, detenerme, apresurar el paso sin saber por qué, caminar sin dirección, y esto que viene a ser lo que se llama *flâner*, es sin duda el mejor modo de pasear.

Por algún tiempo se anda sin ver, sin oír; después la atención se fija ya en un objeto, ya en otro; comienzan a hacerse observaciones que interrumpe el más leve ruido; las ideas ligeras y halagüeñas suelen cruzar por la mente, las más vagas impresiones se suceden con rapidez, y pocas dejan huellas; se olvida la última sensación, se recibe otra nueva; y como olvidar es una felicidad, agrada esa variedad, esas oleadas de impresiones que pasan sin dejar huellas profundas... En la calle, al aire libre, donde cesan las cortesías y las frases que nada significan, se puede además estudiar al hombre bajo una fisonomía uniforme en la

apariencia, pero que deja descubrir notables diferencias; se puede estudiar al *transeúnte*... En una ciudad que vemos por la primera vez, cada templo, cada casa, cada edificio, cada tienda nos llama la atención, pero en las ciudades que sabemos de memoria, las mayores maravillas nos son indiferentes... Se necesita un curioso efecto de luz, un melancólico rayo de luna, para que un instante nos detengamos a contemplar la belleza de cualquiera construcción, de cualquier sitio que encanta al extranjero. Si esas bellezas de una capital tuvieran algo de sentimiento, se quejarían de la indiferencia y de la ingratitud de los habitantes, y sonreirían al extraño que las admira, tal cual sucede con la mujer que no atrae ya las miradas de su marido, y parece linda a esos tunos que son la langosta de los matrimonios.

Las costumbres populares se estudian con gusto cuando hay puntos de comparación, y generalmente se recuerda lo que hemos visto sólo cuando estamos lejos de los sitios en que pasamos nuestros primeros años. Pero en el *transeúnte* siempre hay algo que examinar, algo que todos quieren encubrir, pues en la calle se nota un esfuerzo general de ocultar qué es lo que hace andar a cada uno, qué lo hace correr, qué lo detiene.

Toda esa multitud de gentes que, abandonando sus casas, se reúnen en las plazas y en las calles, parecen haber convenido tácitamente en mostrarse unas a otras la mayor

indiferencia, y aun algo de desdén... Se encuentran, apenas se miran, cuidan de no tocarse, y pasan sin hacerse caso... Sólo se procura no molestar a los demás para no ser molestados, van cayendo en desuso ciertas costumbres de ceder la acera, y ya sólo queda memoria del carruaje, o al pasar por uno de esos precipicios del empedrado... Todo eso detenía mucho, quitaba algo de su libertad al transeúnte... ¡Cosa rara! Entre la multitud hay una tendencia al aislamiento, cada hombre muestra repulsión a los demás; y no bien se encuentra realmente aislado, desea la sociedad... En los caminos reales los viajeros se saludan y se hablan al pasar, para no volverse a encontrar acaso en toda la vida. En alta mar, cuando se divisan a lo lejos dos buques, disparan un cañonazo, se empeñan en acercarse, y esa confusa gritería de hombres de distintos países, de diferentes idiomas, conmueve y enternece el corazón de unos y otros navegantes. Explique quien pueda este contraste. Yo para mí sólo veo en él una prueba más de que siempre desdeñamos lo que poseemos, y anhelamos lo difícil y lo imposible.

Pero vaguemos por la ciudad en cualquiera dirección, y entreteniéndonos en observar a los transeúntes. Por todas partes carruajes, caballos, hombres, mujeres, niños, de todas las clases de la sociedad, marchando unos de prisa, otros despacio, pero todos procurando mostrar un rostro indiferente a cuanto les rodea. Nada que revele el placer ni el dolor, nada en la fisonomía que hable del alma, y sólo queda

como diferencia visible la del traje, que indica la de posición y la de fortuna. Esto puede dar motivo a reflexiones más o menos tristes sobre la desigual distribución de la propiedad, la ley agraria, las tierras de comunidad y otras cosas que, según dicen, huelen a socialismo y a comunismo.

Pero aun esa diferencia de traje va desapareciendo poco a poco. La clase media no lleva en sus vestidos nada que la distinga de la clase alta, o muy rica. Son las mismas telas, la misma forma, los propios adornos: las mismas necesidades con menores recursos...

Pero ¿se logra esa uniformidad que se pretende? No, siempre los movimientos, el aire, la velocidad denotan algo al observador. Bien está que en la calle no haya muestras ruidosas de ventura ni de infortunio, pero nadie puede borrar de sí esas marcas del destino... Por más que se haga, la mirada, la sonrisa, las arrugas de la frente o de la mejilla están contando una historia entera de esperanzas, de deseos, de ambiciones, de desengaños y de martirios. A cualquiera hora es tiempo de pasear, pero sale a paseo el que goza de alguna tranquilidad, el que no sufre crueles congojas; ese camina satisfecho, contento, gozoso; si se detiene, es por mero pasatiempo o curiosidad; si corre, es por alcanzar algo que lo cautivó un momento; si anda espacioso es por no cansarse, por gozar mejor de lo que le divierte mirar... Pero hay gentes que no pueden pasear porque sus hijos esperan un pedazo de pan, porque la miseria envenena su existencia,

porque tienen que adquirir algo antes de volver al hogar doméstico... Por eso mezcladas entre la multitud, no se confunden con ella; o vuelan con ese aire de ansiedad del hombre de negocios, o moderan el paso, sin ver, sin mirar, como hundidos en un cálculo económico, o retroceden como arrepentidos del paso que van a dar, o palidecen de repente, temiendo ver frustrada su esperanza, o se enrojecen de rubor al pensar que carecen de recursos y que necesitan acudir a la caridad del usurero, al acaso del juego...

Entre los paseantes se descubren de diversas categorías. Aquel va perfectamente vestido: no hay una arruga en su casaca ni el más leve polvo en el charol de su calzado ni un sólo cabello desprendido de sus bucles; se mira a sí mismo, se pavonea, se contempla ufano en los espejos al pasar por los cafés y tapicerías, mira en torno de sí, queriendo hallar admiradores; cree encontrarlos, se pone satisfecho, ve su guantes, mueve su bastón de una manera estudiada, fuma un enorme habano, piensa que no hay quien no se detenga a contemplarlo, y vuelve feliz a su casa, figurándose haber llamado la atención de hombres y mujeres, inspirando a unos envidia, a las otras, deseos... Y sin embargo, pocos lo han visto... Unos han dicho, ¿quién es ese mono? Otros, ¿a dónde va ese títere? Algunas mujeres, al oler tantos perfumes como se desprenden de la cabeza y del pañuelo del *dandy*, han exclamado: ¡Puf! ¡Qué peste!... La gente del pueblo lo ha codeado sin hacerle caso... Una niña

ha dicho desde su coche: *¡Lleva corsé!*... Y el paseante *fatuo* es feliz, sin embargo... Mañana saldrá del mismo modo y así pasará el tiempo, y de aquí a algunos años teñirá sus canas y comprará dientes, y llevará pantorrillas artificiales, y creará engañar a la multitud con sus prestadas gracias juveniles...

Este otro no hace caso del traje: mira hacia arriba, hacia abajo, parece buscar algo en todas partes, corre, vuela toma una acera, la deja, la vuelve a tomar, silba, canta entre dientes, mira mucho a los que pasan, se para a observar cualquier cosa, se ríe a solas, entra a una tienda, sale, saluda a todo el mundo, cambia sin cesar de dirección, se vuelve, retrocede, y al fin aumenta cualquier grupo; ríe, disputa, se chancea, se enoja, se calma, cuenta anécdotas escandalosas, habla de todo con ligereza, de todos con familiaridad, se irrita con cualquiera que lo toque al pasar, se enfada con un cochero, socorre a un mendigo, galantea a una mujer, acaricia a un perro, se burla de una vieja, pisa a un fraile fingiéndose distraído, saluda a un clérigo con fingida reverencia, entra a un café, grita, juega al billar, vuelve a salir, habla con un sereno, hace visitas en minutos, se une ya con un militar, ya con un jugador, y es el tipo de la inconstancia, de la ligereza y de la irreflexión... Unos lo llaman aturdido, otros, calavera; otros lo creen mal educado y perverso... Su juventud es una prolongación de la niñez; su infancia, con toda su irreflexión, domina a su adolescencia. Ni sus placeres ni sus dolores lo hacen pensar en nada. Las

mujeres y los amigos, y todo, es para él lo que los juguetes para un niño... La reflexión lo asaltará un día; tal vez entonces lo estimarán más; pero él, al encontrarse con serios deberes y cuidados, con que es marido y padre, suspirará y echará de menos los tiempos de su aturdimiento.

Aquí viene otro hombre que pasea por necesidad, por descanso, por distracción... Mirad con qué gusto recibe las brisas de la tarde, como anhelando que refresquen su frente, con qué placer mira a los niños que juegan y que sonríen, con qué tranquilidad recorre las calles y busca distracción... Parece contento de descansar, y afanado en evocar ideas placenteras y halagüeñas... Es acaso el médico que, estudioso en la noche, alivia en el día las dolencias de la humanidad y padece con los dolores ajenos, con el sufrimiento físico y con los morales de la orfandad, del abandono, de la viudez... Es tal vez el abogado honrado que consagra su tiempo a defender la vida, la propiedad y el honor del infeliz... Es tal vez el escritor, que necesita una hora de descanso para renovar la fuerza de su cerebro y seguir después sus estudios y sus trabajos, con la ilusión de que sus ideas sean útiles, de que su nombre y su fama lo sobrevivan... ¿Es, en fin, no hay duda, uno de esos hombres consagrados a las nobles tareas de la inteligencia, de esos seres que viven casi desprendidos de la Tierra o de sus miserias, perdidos en regiones ideales y que encuentran algo placentero en la naturaleza, en la multitud, en el bullicio sordo de las ciudades?...



El niño salta, corre, habla en voz alta, sobrelleva con impaciencia el yugo del aya o de la criada que coarta sus movimientos, y goza contento esa emancipación pasajera de los maestros y de la familia...

¡Ah! Quitémonos del paso, si no ese hombre nos derriba, es una exhalación... Ya pasó, ya lo perdimos de vista... Mirad allá a lo lejos, sigue corriendo, tropezando con todo, atropellando a cuantos están a su paso, y jamás alza los ojos, no saluda ni a sus amigos, está preocupado, perdido en meditaciones profundas... ¿A dónde va? Ya vuelve... Siempre lo mismo... Ese hombre ni anda ni pasea, ni ve ni escucha... Está empeñado en aparentar que tiene mil negocios que lo hacen cavilar; se levanta temprano y comienza a correr, vuela por la ciudad entera, entra a todas partes, escribe notas en su cartera, suele disputar con vehemencia, se finge distraído, se olvida del nombre de sus conocidos, vuelve a su casa, se queda sin comer, apenas duerme, y se empeña por lograr que todos lo crean ocupado en gravísimos negocios. Y, sin embargo, nada tiene que hacer. ¡Bah! Sea enhorabuena; ¡hay tantos hombres así, que no sorprende encontrarlos!

Hay otros paseantes que no disimulan su fastidio; bostezan, vacilan a cada paso, y buscan algo que no encuentran en ninguna parte.

Cerca de las iglesias se encuentran todas las clases de devotos. El cristiano de buena fe, que sale del templo consolado y radiante de esperanza, murmurando todavía sus

oraciones; el devoto por costumbre que se fastidia en la iglesia, como el abogado al teatro en su luneta; el santo por cálculo, con los ojos bajos, el gran pañuelo que jamás acaba de doblar, para proclamar que ha estado arrodillado, los modales beatos, hipócritas y afectados, que son tiros a una mayordomía de monjas...

Por aquí pasa un dependiente, corriendo con los rollos de cartas de su principal. Por allá un empleado, con el aire perezoso de las oficinas y la cara estúpida de gente que no sabe lo que es una idea. Más lejos el cobrador cuenta y recuenta el dinero del inquilino, y despliega todas sus nociones metalúrgicas para descubrir una pieza falsa. Por otro lado, el ministro ejecutor, grasiento, inmundo y repugnante, camina indiferente a embargar unos muebles, a aprehender a algún conspirador, sin que lo conmuevan sustos ni lágrimas.

Por un lado corre el cupé del médico, que sólo puede curar en coche, sin cuidarse de los que atropella su tren. Casi volando pasa el carruaje del gran señor o del agiotista, recostado con altivez y mirando con desdén al público pedestre. En un coche lustroso y brillante aparecen como copos de espuma las faldas de vestidos de señora, y en las portezuelas se destacan los bustos orgullosos de mujeres bonitas, que no saben cómo andar en coche y lucir todos sus cuerpos.

Los de a caballo, o van vacilantes en el exótico albardón, o llevan reatas, espadas, pistolas, centenares de cueros, y se empeñan por tomar un aire grotesco y campesino que cuadra mal en la ciudad...

En el modo de andar, en el estudiado disimulo se conoce mil veces al que ronda un balcón esperando un saludo, al que espera impaciente la salida del padre o del marido para tener una entrevista furtiva y rápida en el descanso de una escalera, al que aparentando grande indiferencia, lee los anuncios de las esquinas, se detiene a cada paso en espera de la vivaracha costurera que sale tarde de la tienda de modas...

Mirad a ese hombre que retrocede espantado, que pasa volando y volviendo la cara delante de esa puerta..., es un deudor moroso que se avergüenza de ser visto por el sastre, el zapatero o el peluquero, que contribuyen a darle una existencia social...

Aquel otro no descansa, suda, corre, habla en cada grupo y sigue corriendo y hablando sin cesar con cuantos encuentra... Es uno de esos políticos que viven de dar noticias, anuncia una crisis ministerial, una conspiración, cualquier suceso ruidoso de altas regiones, y tiene prisa de que nadie sepa la novedad más que por su boca. Especie de suplemento a todos los periódicos, de despacho telegráfico que esparce algún rumor falso, satisfecho de ser el noticioso de la sociedad.

¿Por qué tanta importancia, por qué un aire tan petulante, por qué esos saludos de favor en ese caballero tan erguido, que se asoma por las almenas de su corbata? ¿Por qué? ¿No lo conocéis?... Pocos lo conocen, es verdad, pero él se conoce bien; es una notabilidad político-literaria..., es el autor de obras que nadie ha leído, sus composiciones son tan ignoradas como si estuvieran inéditas, basta su firma para hacer desertar a los suscriptores de un periódico... En política, es siempre del partido triunfante... Pero él se cree una notabilidad, sueña habernos hecho un gran favor con nacer en nuestro suelo, con vivir entre nosotros. Todo es vulgo a sus ojos, y en cada ademán parece decir: “¡Hombres, admiradme y veneradme!...”.

Con qué prisa corre ese joven, mira el reloj, de vez en cuando se sacude el polvo con la mascada, se compone el cabello, se tira el cuello de la camisa, se ata la corbata, hay en su semblante algo de ansiedad y de inquietud... Va tal vez a una cita amorosa en que no hallará qué decir, o va a ser presentado por vez primera en una tertulia en que nadie le hará caso, o va a ser presentado a un ministro para pedir un empleo, un pedazo de pan... Por eso en él combaten el temor y la esperanza, por eso su fisonomía es tan cambiante, expresando ya el triunfo, ya el abatimiento...

Mirad a ese funcionario que se asombra de que nadie le haga caso, a un agente de policía que es la flema y la calma

en carne y hueso, a un militar, todo relumbrones, que provoca risa en cuantos saben sus hazañas...

Por aquí va un hombre en pos de trabajo, por allá otro huye de toda ocupación. En la calle se encuentran, se tropiezan, se mezclan, se confunden el estudiante que sueña en una carrera y el hombre cansado del estudio, el humilde y el orgulloso, el valiente y el cobarde, el amante feliz con haber oprimido una mano y el que reniega de la infidelidad de la mujer, el marido que ansía por ver a su consorte y el que vuelve al hogar a paso lento como si fuera al potro del martirio, el disipador y el indigente, el mundo entero, en fin, sin comprenderse, sin amarse, sin aborrecerse, sin envidiarse, sin compadecerse. Cada cual piensa demasiado en sí mismo para ocuparse de los demás. El feliz guarda egoísta sus placeres, el desgraciado devora a solas sus congojas. Y esos hombres necesitan unos de otros, pero pagan por todo; pagan dinero para quedar exentos de agradecer... Ese hombre tan contento, si delinque, necesita del abogado; si se enferma, del médico; si agoniza, del sacerdote: si muere, del sepulturero, del albacea, para sus hijos... Cada uno necesita de los demás, pero todos están aislados...

Allí roba un malhechor, corre entre la multitud y no hay quien lo detenga... Allá riñen dos hombres, gane el que pueda, no hay mediadores sino sólo espectadores... Allá queda un hombre lastimado por un coche o un caballo, ¡buen

provecho!, que lo socorra la policía... Se quema una casa, es menester recurrir a la fuerza para que haya quien extinga las llamas...

Ricos y mendigos, paseos y entierros, cantos y dolores, miseria y opulencia, grandes crímenes y grandes virtudes, todo anda reunido, confuso en las calles a todas horas.

Todas esas gentes se dispersan poco a poco, se refugian en sus casas y se olvidan de lo que vieron en la calle; y se retiran a su aislamiento, porque en la calle las gentes se reúnen por casualidad, por necesidad, no por afecto; cuando más por curiosidad, por verse las unas a las otras. Cada cual corre con un objeto distinto: unos van en pos de humo, de amor, de fama, de gloria, de aplausos, de celebridad; otros buscan pan, dinero, empleos, honores; otros siguen mil quimeras, otros se afanan por llevar a cabo proyectos irrealizables. Pero el que salió a divertirse vuelve fastidiado, el que salió a vagar sin objeto, se encuentra complicado en cualquier negocio grave, el que buscó consuelos está desesperado, el hombre de algún mérito queda en el olvido, el truhán se encumbra hasta las nubes...

¡Oh!, he ahí lo que es esa agitación, ese trajín incesante de la ciudad... Las gentes, es verdad que ni se miran, pero corren unas encima de otras; el que algo persigue, lo quiere, a pesar de los demás...

Las mujeres que reinan en la familia, que seducen en la tertulia, que fascinan en el baile, parecen hallarse

entorpecidas en la calle. Las que van solas, o son de edad avanzada o esposas o viudas. Las niñas necesitan compañía. Para las mujeres no hay negocios, excepto una que otra litigante como las de Molière, o alguna infeliz que tiene que mendigar la pensión que le dejó un marido o un padre a costa de su sangre, o una que otra que vive de enseñar música o pintura... Para las demás, la calle es una región extraña; se cansan pronto, las lastima el piso, las sofoca la multitud, las molesta el bullicio, andan como aves espantadas que abandonan el nido y caen entre breñales. Las hay que sólo saben salir en coche; otras necesitan compañía, casi tienen miedo al mirar a la muchedumbre. Tímidas, medio sonrojadas, cubriéndose el rostro, moderando la fuerza y el alcance de la mirada, van y vuelven de la iglesia sin fijar la vista en nada, saludando con un ligero movimiento de cabeza, y temiéndolo todo.

Con más gala y más soltura van otras a visita, o a comprar baratijas a una tienda. Hay una que otra llena de descaro, provocativa, que resiste la mirada más indagadora sin rubor, y que fija sus ojos con avidez, con curiosidad en cuantos la ven...

Otras infelices venden poco a poco su hermosura, ostentan sus gracias, convidan al placer para después ser despreciadas, envilecidas, y pedir limosna, y expirar en un hospital, sin que haya un hijo que les cierre los párpados...

Hay también hombres galantes en la calle. Así nacen los amores fugaces que engendran los sentidos, los que se fundan en la belleza o en el capricho, los que no tienen como cimiento y aliciente las grandes cualidades del corazón. Amor trivial, que se satisface en un instante; amor caprichoso, que se cansa pronto; amor que es sólo una variación del tedio. Ese es el amor que nace en la calle. Un hombre sigue a una mujer, pero después de algunas calles se cansa y la abandona, y vuelve a seguir a la primera que le parece bonita.

Todo esto hemos creído observar en los transeúntes. ¿Vale eso la pena de emborronar tanto papel? ¿Merece eso llamar la atención del filósofo? Yo no sé. Pero ese aislamiento en que el hombre vive en las sociedades modernas, ese egoísmo y ese despejo, ¿no contribuirán algo a hacerlos débiles? ¿No sería mejor que fueran más fuertes, más gratos los vínculos sociales? ¿No se dice, con razón, que la unión es la fuerza?

¡Ah!, no son esas cuestiones para el escritor de costumbres, que tiene que detenerse en la superficie de las cosas, que debe pintar sin analizar, sin profundizar... Limitémonos, pues, a ver a los *transeúntes* por las calles de la ciudad; adivinemos o supongamos mil existencias diversas, mil aspiraciones distintas, y distraigámonos con esas variedades de la humanidad.



Diez mil, cien mil personas se reúnen ahí sin conocerse; muere una, mueren 10, mueren mil, no hay quien las eche de menos... De todos los que corren en todas direcciones, ¡cuántos pueden llegar a donde van! ¡Qué pocos miran colmados sus afanes! ¡Cuántos se cansan en el camino! ¡Cuántos son detenidos por un importuno! ¡Cuántos equivocan la senda que seguir debieran!

Los transeúntes en una ciudad son la imagen de los transeúntes por el mundo. La vida no es más que una peregrinación que concluye cuando menos lo esperamos. Cada cual corre en pos de algo que no encuentra jamás: trabajos, estudio, pasiones, odios, agitación, esperanzas, y todo, ¿para qué? ¡Para caer en la mitad del camino, olvidando lo pasado e ignorando el porvenir!

Gloria, poder, riqueza, honores, celebridad, amor, fuegos fatuos que deslumbran y extravían. No se necesita tanto para tan rápido camino; no es menester tanto afán para saber vivir y para saber morir. La vida no es más que el camino entre la cuna y la tumba. Transeúnte por este sendero, la humanidad no puede variar su destino. Fuera orgullo, fuera arrogancia, nada de ruines pasiones, nada de las locas ambiciones... Haga cada uno el bien que pueda en la vida y al hundirse en la tumba dormirá tranquilo, y acaso no se perderá su memoria. ¿Para qué tanto amor a las cosas del mundo si somos aves de paso, si estamos de tránsito? Cuando viajáis, ¿queréis que sea vuestro cada llano, cada bosque,

cada río, cada torrente que os recrea? Los dejáis, ¿no es verdad? Pues mirad así todo lo de este mundo, que en él, al fin, no sois más que transeúntes, y la gloria no es más que la ironía de la muerte.

*Fortún*